BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

Joaquín Mbomio Bacheng

Matinga, sangre en la selva

[Selección de fragmentos]

Edición impresa

Joaquín Mbomio Bacheng, *Matinga. Sangre en la selva* (2013)

En

Joaquín Mbomio Bacheng, *Matinga. Sangre en la selva* (2013). Barcelona: Mey. (pp. 86-94)

Edición digital

Joaquín Mbomio Bacheng, *Matinga. Sangre en la selva* (2014)
Carolina López Tello (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2014

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

Matinga. Sangre en la selva
Joaquín Mbomio Bacheng

En Ndote, durante la ceremonia del funeral, en el cementerio del poblado donde fueron a enterrar las seis cabezas encontradas junto a algunos trozos de los restos mortales, Ñangüe, rodeado de todos los suyos, juró vengar a su tripulación. Preparó su flota. Una expedición punitiva contra la "ballena-caníbal" o lo que fuese, dijo; iba a hacerse a la mar después de los últimos actos del funeral.

El mismo estaría al frente de su flota. Ngulampanga, respetuoso de las tradiciones africanas y buen perdedor, vino al frente de una imponente delegación de notables de Jandje, para dar el pésame a Ñangüe. Ofreció también su ayuda y puso a disposición su armada de cayucos, la primera de la comarca, pero ésta fue rechazada en el acto. Ñangüe le expresó su reconocimiento.

— "Es una cuestión de honor y de sangre, le dijo, mi hijo yace en el fondo del mar, pero también mis mejores hombres. Tengo que ir personalmente a resolver este asunto".

El cacique de Ndote entendía que aquella bestia feroz le había lanzado un reto personal llevándose despiadadamente a su hijo primogénito y a los mejores hombres de su hegemónica flota pesquera, una de las mejores de todo el litoral riomunense.

Ñangüe era un ndowe. Sabía que su poder estaba en la costa, en el mar. La fuerza de un ndowe se mide por la exuberancia de su pesca y por el dominio de su espacio marítimo. La mar es el principio existencial del hombre de la playa. Es su inalienable bastión. Dos conceptos resumen el mundo playero: pesca y navegación.

El ataque contra su tripulación era un reto mortal que le habían lanzado. Tenía que acabar con la intrépida bestia marina, que venía a desafiarle en sus propias aguas territoriales, irrumpiendo en su feudo ¡Plantándole cara en sus propias narices!

Aquel monstruo se había llevado, a las profundidades del océano, los cuerpos de seis de sus hombres. Seis miembros de la élite pesquera riomunense que él mismo, Ñangüe, había formado año tras año, forjando sus temperamentos, modelando su temple, adiestrando su instinto de cazadores marinos, aguantando sacrificios y pasando largas y duras jornadas en alta mar.

Aquellos hombres rudos, curtidos por el duro viento del océano Atlántico, los más nobles de la raza pesquera, intrépidos marinos, habían sido traicionados y condenados por la guillotina del mar. Sus cabezas rodaron entre las olas de la mar traicionera, hasta llegar a las orillas del pueblo de Ndote; fue en una horrible mañana de lluvia. Fue un atentado inhumano perpetrado contra la inocente comunidad playera del pueblo sagrado de Ndote. Ñangüe pedía justicia y su pueblo reclamaba venganza. Sangre en la selva.

Terminados los preparativos del equipaje, la expedición se hizo a la mar muy temprano, a primeras horas de la mañana, la misma hora en que el grupo de mujeres hicieron el macabro hallazgo.

Eran tres embarcaciones, compuestas por una nave de cierto tonelaje que dirigía el mismo Ñangüe, con diez miembros a bordo y dos barcas rápidas, eficaces para hacer maniobras y faenas de captura en alta mar.

Como siempre en tales circunstancias, cuando la flota de Ñangüe iba a una misión pesquera de envergadura, en operación frontal de choque, Mbele iba por delante nadando, era la primera avanzadilla y se ocupaba de la observación submarina. Bajo las aguas se desplazaba a veces mucho más rápido que la flota de su padre.

Avanzaron mar adentro durante ocho horas. Hacia las tres de la tarde, divisaron el objetivo. La bestia parecía aguardar su llegada. Vieron primero un inmenso chorro de agua que se alejaba rápidamente hacia el horizonte, mientras emergía en el mismo lugar una enorme isla negra como un submarino. La tripulación confundida por lo que había visto en un primer momento, comprendió después lo que pasaba. Había un primer cetáceo que tomaba el sol, éste fue ahuyentado por el que acababa de emerger y que al parecer inspiraba mucho miedo a la ballena que se escapaba a toda mecha. Este comportamiento inusual en los cetáceos, hizo deducir a los miembros de la expedición punitiva que se encontraban ante su verdadero enemigo. A medida que avanzaban hacia la enorme bestia, iban descubriendo también su magnitud. Unas dimensiones descomunales, inhabituales en una ballena.

Ñangüe ordenó reducir considerablemente la velocidad cuando se encontraban a unos quinientos metros del monstruo.

A esa distancia la bestia flotante se les presentaba con todos los detalles de su anatomía. El monstruo de las profundidades marinas se parecía a un cachalote del período devónico, de talla antediluviana, surgido de un mundo sin espacio ni tiempo. Se parecía a una isla viviente en reposo. Una isla de piel rugosa, hosca, tosca, repugnante, que desplazaba varias toneladas de agua al iniciar el mínimo movimiento. Cada una de sus aletas tenía la talla de una barca. Cuando se quedaron a unos trecientos metros, pudieron ver al monstruo en toda su extensión. Ante el espectáculo, los marinos de Ñangüe, hombres curtidos por mil aventuras marinas, se quedaron petrificados. Hipnotizados por aquella criatura extraordinaria surgida de los abismos.

Aquella inmensa masa viviente, amorfa, flotante, materializaba de forma casi violenta el poder y la fuerza en medio del océano. Un poder bestial, dotado de una fuerza criminal, cuya existencia bajo las aguas puras y cristalinas del Atlántico adquiría una nueva dimensión, divina y sagrada. El monstruo era un ser inefable, hecho a su medida y consciente de su poderío. Máxima expresión del mundo acuático.

Mbele efectuó una rápida inmersión, para ver el nivel de flotación del monstruo respecto al fondo marino. Lo que vio bajo las aguas le horrorizó. El vientre de la superballena quedaba casi a unos metros del suelo marino. Quedaba pues descartado un ataque por asfixia o por ahogo del cetáceo, como solía hacer con las ballenas normales. Cuando emergió a la superficie, encontró la flota todavía inmóvil y la tripulación paralizada. Los hombres estaban hechizados por el embrujo de la "ballena-

caníbal". Mbele comprendió que la situación no podía presentarse de peor manera, los marinos habían olvidado las consignas de seguridad: desplegarse en triángulo y rodear al objetivo una vez localizado.

Las tres embarcaciones no habían iniciado una sola maniobra y estaban allí juntas ofreciendo un blanco perfecto al enemigo. Mbele empezó a sentir temor y espanto, era la primera vez en su vida que experimentaba dicha sensación. Siempre se había sentido mucho más seguro y protegido entre las aguas que en tierra firme, cuando se encontraba con un monstruo marino, él se transformaba en la fiera de las aguas y ejecutaba a la pobre víctima sin ningún ápice de miedo. Aquella vez todo era diferente. Sentía cundir el pánico entre los suyos. Con su sensibilidad ultrasensorial, a Mbele le llegaban claramente los latidos acelerados de los marinos de su padre, de cada miembro de la tripulación. Todos estaban atemorizados, habían perdido sus reflejos, incapaces de reaccionar ante el peligro. Sólo su padre demostraba una fría determinación bélica.

Ñangüe se servía de su "mibili", su espíritu tutor, y mediante su sentido ultrasensorial, el hombre de Ndote entró en comunicación directa con el monstruo de los mares que se presentaba ante él. Se entabló una dura batalla entre los dos genios. Ñangüe cambió de aspecto, sus ojos desorbitados como los de un zombi, expulsaban fuego. En aquellos momentos, la mirada de Ñangüe era irresistible, era la visión pura de un genio en trance presto a devorar su presa. El jefe ndowe llevaba un arpón venenoso en la diestra y un amuleto que servía también de cuchillo de combate en la siniestra. El amuleto era el tótem del clan familiar.

Mbele no conocía muy bien la historia de su tribu, la sabía a retazos como la perdida memoria de su infancia. Sabía que ellos pertenecían a una de las familias más poderosas de Corisco, los Bodugus de Nanda. Sabía que varios de sus jefes antepasados habían perdido la vida en combates navales contra los negreros españoles y portugueses, al intentar impedir que sus miembros fueran enviados como esclavos a América. Más tarde, cuando los españoles empezaron a utilizar la isla de Corisco como punto de concentración de los esclavos camino de América, los bodugus, con la ayuda de otras tribus costeras y del interior del continente, empezaron a sabotear los cargamentos humanos de los buques de la trata.

Uno de sus ancestros, que participaba en estas operaciones de sabotaje antiesclavista, fue traicionado por una de sus esposas que era amante de un negrero portugués. Su ancestro, para salvar su vida, tuvo que sacrificar a uno de sus hijos enviándolo como esclavo a las Américas. El hijo esclavo no era otro que su tatarabuelo, quien dejó mujer y dos hijos; al primogénito le dio en herencia el amuleto; aconsejándole sacarlo únicamente en los momentos de vida o muerte. Este a su vez lo cedió a su hijo mayor Ñangüe. Cuando fue mayor, le contaron a Ñangüe la historia de su tótem-cuchillo; amargado, Ñangüe decidió abandonar la isla e instalarse en Ndote, donde su familia siempre había tenido importantes plantaciones costeras. En aquellos instantes Mbele y su padre se encontraban en peligro de muerte.

Mbele iba a gritar a los tripulantes advirtiéndoles del peligro que corrían, cuando de repente el monstruo salió de su breve letargo, abrió los ojos y los vio. Vio la amenaza de la flota de Ndote. El

monstruo giró sobre sí mismo a una velocidad alucinante, como un cocodrilo atacando su presa, aullando de rabia y provocando un maremoto.

Con un solo aletazo envió bajo las aguas a una de las barcas partiéndola en dos. Furioso, Mbele hizo una profunda inmersión en los abismos del océano. El sol penetraba con fuerza hasta el fondo marino donde reinaba una luz diáfana, en contraste con la furia de la muerte que se desencadenaba en la superficie.

— "Sus pulmones, Mbele, sus pulmones"—, le gritó su padre desde la barca segundos antes de su inmersión. Mbele comprendió en el acto. La proeza que le pedía su progenitor era suicida, pero la estrategia era imparable. La enorme talla del monstruo y su masa desigual, dejaban muy pocas posibilidades de ataque desde el exterior porque resultaba difícil localizar sus puntos vulnerables. Sin embargo un buen buceador como él —se decía que Mbele nació con pulmones de tiburón—, podía atacar al monstruo penetrando en su interior y pinchando sus pulmones, destruyendo sus puntos álgidos.

Tras cerciorase de la posición del animal en las aguas, Mbele emergió otra vez, pidió a los suyos que dirigieran sus arpones tomando como objetivo la cabeza del monstruo. Era justo el momento en que la segunda barca era también arrastrada a los abismos con sus tres arponeros; los pescadores habían tenido tiempo de lanzar valientemente sus artefactos, lo cual aprovechó el joven nadador dirigiéndose velozmente como un escualo a las profundidades marinas.

Alcanzada por varias lanzas, la bestia herida se enfurecía cada vez más provocando enormes remolinos y olas gigantes con sus movimientos. Fue en esta ocasión cuando vio a Mbele bajo las aguas, abriendo su enorme bocaza poblada de una acerada dentadura, para despedazarle. Decididamente aquello no era una ballena, era un tiburón de los tiempos remotos, se dijo Mbele, al tiempo que concentraba toda su energía y, en un potente impulso, el joven playero transformado en una fiera del mar, se proyectó hacia el interior de la boca abierta del monstruo marino y se encontró de repente en un espacio cerrado y oscuro.

Estaba en el interior de la enorme bestia. A ciegas y con destreza, sin perder un solo segundo, se situó en la cavidad bucal del animal y con habilidad empezó a arrancar sus órganos avanzando hacia su esófago.

En la superficie, el resto de la tripulación de Ñangüe, los hombres que quedaban en su embarcación, ya repuestos del susto inicial, lanzaban furiosamente sus lanzas contra el monstruo marino que aullaba de dolor, atacado desde sus entrañas por su propia presa. Mbele le había arrancado varios órganos del aparato respiratorio y perforado también sus enormes pulmones.

Durante este tiempo de lucha y de furia en los abismos marinos y a la vez en la superficie, Ñangüe, con los ojos ardiendo, se había transformado completamente. Inmóvil como una piedra, erguido en la popa de la embarcación, el hombre de Ndote con su tótem en la mano, esperó unos segundos. Mientras tanto en el vientre del monstruo, se ofrecía un escenario apocalíptico de terror y muerte.

Varias bestias marinas, devoradas por el monstruo y liberadas por la eficaz y metódica acción de sabotaje y destrucción del guerrero de Ndote, aullaban con pavor atacándose unas a otras en una lucha sin cuartel. Un enorme escualo, con la cola seccionada y enormes dientes afilados buscó refugio en los enormes brazos de Mbele. Fue un abrazo mortal, su último acto de amor, Mbele se sintió con calor en el vientre de su presa, se acordó de una hermosa mañana en la dormida playa de Ndote, cuando se despertó entre los brazos de la ninfa de Bolondo, el cuerpo de Matinga también estaba caliente. Fue su último pensamiento.

Eran las seis de la tarde, el astro solar se extinguía en poniente enviando sus últimos destellos, cuando el monstruo marino cerró sus ojos. En ese instante, el hombre de piedra cobró vida, dio orden a su tripulación de remar tierra adentro a toda velocidad, tirando de la cuerda atada a su lanza. Ñangüe se lanzó al agua hasta el fondo marino, para dar la estocada final, cogió su arpón de combate y lo clavó en el costado del monstruo que seguía aullando de dolor. Triunfante, el hombre de Ndote emergió de las aguas.

En la costa, en las playas de Ndote, por todo el litoral riomunense, desde el Muni hasta el Campo, se oyeron varias ovaciones y gritos: "Ñangüe, Ñangüe, Ñangüe". Era el doce de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, fecha de la independencia guineana. Ñangüe fue nombrado Consejero de la República.